

— No tengo interes ninguno, dijo Guillen en hacer esa averiguacion; ¿qué me importa?

— En ese caso, añadió Miguel, conténtate con saber que mañana, en cuanto se cierre la cotizacion, pagaremos los tres millones de diferencia que me cuesta la paz de Europa.

Sonrióse el agente de bolsa, y echó una pierna sobre otra, diciendo:

— No obstante, me parece que convenirá pedir un plazo.

— Nada de plazos, replicó Miguel: ó pago mañana toda la suma, como pudiera hacerlo el mismo Rostchild, ó reviento; no me gusta alargar la agonía.

— Porque no eres médico, dijo Guillen, y no sabes lo que vale un instante más de vida.

Sin duda Miguel iba á contradecir las palabras de su amigo, abriendo paso á una de sus habituales disputas, cuando fué interrumpido por un criado, que acercándosele discretamente, puso delante de sus ojos una tarjeta.

Tomóla con ademan indiferente; mas, al

enterarse del nombre que contenia, dejó ver en su semblante marcadas señales de visible sorpresa.

— ¿Está ahí? le preguntó al criado.

— Sí, contestó éste; espera.

— Bien; que pase al salon verde..... voy al instante.

Volvió á leer la tarjeta, para convencerse de que no se engañaba; compuso su semblante, más pálido aquel día que de ordinario; salió, dejando á sus amigos calculando quién podria ser el autor de aquella visita inesperada, cuyo anuncio habia causado en Miguel visible sorpresa.

El salon verde era, en la casa en que estamos, lo que en el palacio real el salon de Embajadores; esto es, la pieza destinada á la recepcion de las personas importantes.

Parece que el color verde se ha hecho para dar realce al oro; así es que las molduras de los muebles y los dibujos de las telas brillaban, satisfechos de verse en compañía de su color favorito; porque eran doradas las molduras de los muebles, y dorados los dibujos de las telas.



Por medio de la combinacion de ambos colores se unian lo más bello, que es la esperanza, y lo más triste, que es la realidad; el color que anima los campos y viste los prados y engalana las montañas y alegra los valles; el color amarillo del oro, implacable, que agita á los hombres, conmueve á los pueblos y corrompe las ciudades.

Cuando Miguel entró en el salon verde, se inclinó, haciendo un saludo cortés, pero frio, diciendo :

— Señor Duque..... ¿á qué grave asunto debo el honor de verle á V. en mi casa?

El Duque se inclinó, á su vez, con suma naturalidad, contestando :

— No es precisamente un asunto grave el que me trae á su casa; mas, sea la que quiera la ligereza con que lo tratemos, no deja de ser un asunto serio.

— De todos modos, añadió Miguel, me tiene V. á sus órdenes.

Y cogiendo afablemente el sombrero que el Duque tenía en la mano, lo colocó sobre un rico velador de porcelana, y lo invitó á tomar asiento.

Ambos se sentaron el uno enfrente del otro; y el Duque, correspondiendo á esa atencion con fina sonrisa, comenzó á hablar de esta manera :

— Creo que nos entenderémos perfectamente, y que reanudarémos nuestra antigua amistad, haciéndonos un mutuo favor, que la asegure para en adelante. Cosa que deseo, pues siempre he hecho justicia á las cualidades que lo distinguen á V. del vulgo de las gentes.

Miguel inclinó la cabeza, dando las gracias por tan lisonjeras palabras, y el Duque continuó :

— No deja de ofrecer dificultades el asunto que vamos á tratar, y yo no daría este paso, si no creyera que me hallo ante un hombre que conoce el mundo lo bastante para ver las cosas como son en realidad, desnudas de vanas apariencias. Pero vamos al asunto : V. sabe que me liga á la señorita de Vegahonda el compromiso contraido por ambas familias, en el que están formalmente empeñadas las palabras de nuestros padres.

— Ciertamente, añadió Miguel, confir-



mando las palabras del Duque. Me consta, pues en cierta ocasion redacté yo mismo una carta, que V. firmó, en la cual pedia V. á su hermana que alargára el matrimonio.

— Es verdad; recuerdo eso perfectamente.

— En aquellos dias hizo V. á París su misterioso viaje.

Este segundo recuerdo que Miguel evocaba, hizo que el Duque arrugára ligeramente el entrecejo y bajára los ojos ante la mirada fija con que su interlocutor espiaba los movimientos de su fisonomía. Mas esta sombra pasó rápidamente, y con voz perfectamente tranquila dijo:

— Así fué. Entónces las cosas presentaban distinto aspecto, yo queria eludir el matrimonio, y ahora es ella la que lo aplaza. Soy razonable, y comprendo la justicia de semejantes represalias..... y aquí tiene V. la cuestion planteada por sí misma en su propio terreno.

— Veamos, veamos, exclamó Miguel; porque esto, cuando ménos, es curioso.

— Muy curioso, añadió el Duque riyen-

do; tan curioso, que apénas habria otro caso en el mundo. La señorita de Vegahonda facilita las esperanzas de cuantos se creen capaces de fijar su atencion, y se hace, por consiguiente, cómplice de muchas pasiones desgraciadas. Hoy por hoy, su pasion es mortificarme, imponiéndome el papel de marido ántes de haberme casado, que es lo más diabólico que puede ocurrirse á la activa inquietud de una mujer desocupada.

— ¡Hola! exclamó Miguel, ¿tan mal corazon tiene la señorita de Vegahonda?

— No, contestó el Duque; la señorita de Vegahonda no tiene todavía corazon, ni bueno ni malo. Es una niña mimada, que se cree ofendida.

— ¿Y bien? preguntó Miguel.

— Éste es el caso. Lo ha elegido á V. para ofenderme con todas las coqueterías de una mujer de poco mundo, que se imagina ultrajada.

Nuestro héroe se encogió de hombros, lo cual podia ser á un mismo tiempo modestia, petulancia y perfidia, y el Duque prosiguió:

— Usted y yo hacemos un papel poco



airoso á los ojos de la sociedad, que sigue con ávida malicia los pormenores de este incidente, que cuando ménos la entretiene. Sabe positivamente que Mercedes no romperá nunca el compromiso contraído por su padre, y nos señala á ambos; á V. como un instrumento pasajero, y á mí como una víctima momentánea. En una palabra, los dos estamos en pleno ridículo.

Hizo Miguel un gesto de disgusto, y contestó diciendo :

— Ni para uno ni para otro es agradable la situación que V. pinta; de manera que á ambos nos convendría salir de ella.

— Eso es, precisamente, lo que yo he pensado.

— Y bien, ¿qué medio le ha ocurrido á usted más á propósito para salir del paso?

— Primeramente, me ha ocurrido el más natural..... el primero que se ocurre..... más bien, el primero que debe ocurrirse.

— Sepamos cuál es el primero.

— Yo he dicho : Lanuza no siente por la señorita de Vegahonda amor ninguno; recibe sus preferencias con el agrado con que

siempre se reciben las satisfacciones de la vanidad; pero, ¿á qué aspira? ¿Puede tener formales pretensiones á la mano de tan opulenta heredera? Quiero decir, ¿puede aspirar á la mano de una señorita, cuyo matrimonio está solemnemente reconocido, sin que ninguna de las dos familias se atreva á romperlo? ¿A qué aspira, pues? ¿A la gloria fugitiva de una vana predilección, más calculada que sentida? ¿Al placer pasajero de verse distinguido por una mujer opulenta? Tal vez — me he dicho yo á mí mismo — Lanuza no ha pensado en las contingencias que ofrece semejante triunfo. Quizá no ha visto que se le considera como un pretendiente decidido de la señorita de Vegahonda, afortunado hoy sin duda alguna, pero que mañana tendrá que pasar por la prueba de un desengaño, que todos esperan como el desenlace natural de la comedia que se está representando; porque, amigo mío, nuestro matrimonio es un acuerdo irrevocable, que ni ella ni yo queremos deshacer. Viendo las cosas como realmente son, he creído que V., hombre de mundo, no cerra-



ria los ojos á la realidad de la evidencia, y abandonaria al fin un camino que, en rigor, no conduce á ninguna parte.

Calló el Duque, esperando, al parecer sin impaciencia, la respuesta que Miguel debia dar á sus mesuradas palabras, y á sus corteses y no mal tejidas razones. Éste vaciló un momento, como quien duda del rumbo que debe tomar, y al fin, clavando en el Duque una mirada profunda, habló de este modo:

—Ciertamente no es la señorita de Vegahonda la mujer en quien yo habia soñado. Era otra; otra de condicion más humilde, pero de hermosura más adorable; no llevaba en sus manos las riquezas de Creso, pero resplandecia en sus ojos el tesoro de la inocencia; y vea V., una perfidia infame, una traicion cobarde, astutamente dirigida, se interpuso, y la perdí para siempre. ¿Es verdad, señor Duque, que el héroe, autor de semejante hazaña, merece que mi mano ofendida estampe en su rostro la marca de la ignominia?.....

El Duque permaneció inmóvil y mudo,

sosteniendo heroicamente la mirada de Miguel, que siguió diciendo:

—No es, pues, la señorita de Vegahonda la mujer que yo amo, porque sólo se ama una vez en la vida; realmente mi corazón no haria un gran sacrificio renunciando al interés que me demuestra y al afecto con que me distingue. Ésta es la primera parte de mi respuesta, y voy á la segunda.

Tomó el Duque una posición más cómoda, dejándose caer sobre el respaldo de su asiento para oír más á gusto la segunda parte de la respuesta. Luégo que estuvo bien colocado, siguió Miguel diciendo:

—Agradezco sinceramente la advertencia que acaba V. de hacerme; admito el supuesto de que sean inútiles mis pretensiones, y no obstante, habria de mi parte ingratitud y deslealtad si yo pagára la acogida que la señorita de Vegahonda me dispensa con un desvío impropio de mi carácter. Prefiero, señor Duque, arrostrar las consecuencias de un desengaño á adoptar una conducta que, por juiciosa que sea, pasaria á los ojos de muchas gentes por poco delicada.



Al punto á que han llegado las cosas, retroceder es imposible.

En otra ocasion, quince dias ántes, es muy presumible que Miguel se hubiera satisfecho viendo al Duque en persona llegar á su casa y pedirle, aunque indirectamente digámoslo así, la mano de su futura esposa. Es probable que entónces, dejándose guiar por sus instintos generosos, hubiese pagado noblemente la ofensa con un beneficio. Mas en el momento en que tuvo lugar esta entrevista, se veia arruinado, sin más salvacion inmediata que la fortuna de la criolla, y el interes, que toma todas las formas y se reviste de todos los aspectos, agitó en su corazon las cenizas medio apagadas de un rencor que empezaba á extinguirse.

El Duque, que habia oido con calma inalterable la segunda parte de la respuesta, reflexionó un instante, y con sonrisa un tanto amarga, pero siempre fina, dijo :

— Comprendo todo el valor de la excusa que V. me presenta, y nada tengo que replicar á ella.

— Yo celebro en el alma, añadió Miguel,

que nos entendamos tan perfectamente.

— Es decir, preguntó el Duque levantándose y tomando su sombrero, que V. insiste formalmente en aspirar á la mano de la señorita de Vegahonda?

— Insisto, contestó Miguel muy formalmente.

— En ese caso, caballero, replicó, por doloroso que me sea decirlo, veo que uno de los dos sobra en el mundo.

A estas palabras se inclinó Miguel cortésmente, diciendo :

— Es posible, y me parece que ya sólo resta averiguar cuál de los dos es el que sobra.

— Una dificultad me ocurre, advirtió el Duque pensativo.

— Quizá es la misma que á mí me está ocurriendo.

— La mia se resuelve dando á esto un motivo distinto del que realmente tiene.

— Sin duda ninguna, porque de otro modo comprometeriamos el nombre de la señorita de Vegahonda.

— El medio es fácil, dijo el Duque.



—Sumamente fácil, añadió Miguel, y voy á proponer uno.

—Veamos.

—Elegimos un sitio concurrido; el Casino, por ejemplo; nada más á propósito; allí nos buscamos y emprendemos una conversacion cualquiera, que puede ser ésta: la cuestion entre Francia y Prusia. Usted, señor Duque, admirador de París, defiende á los franceses, y yo me encargo de defender á los prusianos; la conversacion se convertirá en disputa, y la disputa lo hará todo.

—Convenido, dijo el Duque tendiendo la mano á su adversario. Yo voy todas las noches al Casino.

—Yo, contestó Miguel, empezaré á ir desde mañana.

Los dos unieron sus manos, estrechándoselas afectuosamente; cualquiera que los hubiera visto separarse, habría creido que los unía una amistad á toda prueba.

Ambos se hicieron el último cumplimiento y se volvieron la espalda, y ambos estaban conmovidos.

El Duque bajó la escalera diciendo:

—Es preciso.

Miguel llegó á la puerta de su cuarto cabizbajo, y ántes de entrar alzó la frente, y sacudiendo su hermosa melena de rizos castaños, dijo:

—No hay remedio..... no hay remedio.